





# EL CULPABLE



Juan Gallego

EL CULPABLE



Primera edición: mayo 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Gallego

ISBN: 979-13-87814-16-8

ISBN digital: 979-13-87814-17-5

Depósito legal: M-10516-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi esposa, que es la persona que más me inspira en este mundo y quien más me ha apoyado en esta aventura.*





## CAPÍTULO 1.-

### UNA VISITA INTEMPESTIVA

El recuerdo más feliz de Beatriz eran las tardes de domingo con su abuelo en la finca que tenían a las afueras de Santiago. Todos los domingos, como un pacto no escrito que nace de la costumbre, su abuelo y ella paseaban por el monte Pedroso, por el camino que atraviesa el bosque, comentando la semana. Esto fue sucediéndose desde que Beatriz apenas andaba, y dejaron de hacerlo cuando la artrosis venció las fuerzas de Rodrigo, siendo ya Beatriz una adolescente.

Los dos tenían los ojos verdes, la nariz aguileña y la sonrisa abierta. Aunque los demás la llamaban Bea, su abuelo prefería llamarla Beatriz porque, pese a no ser la mayor, era la única nieta que tenía el nombre de su esposa, y eso la convertía en su favorita.

Cuando tenía tres años, Rodrigo solía montarla en una carretilla que tenían cerca de la finca y daban vueltas por el huerto. Él era lo que ella más amaba en el mundo no solo por su dulzura y el cariño que inspiraba, sino porque siempre pensó que era un hombre al que todo hombre debería aspirar a ser. Sin embargo, durante cierto tiempo, esos recuerdos se empañaron por una niebla oscura y dolorosa que le impedían volver allí, a aquellas tardes en el Pedroso, donde había todo tipo de verde y paseaba con su abuelo.

Esta historia, por así llamarla, se inició una lluviosa noche de abril a una hora cercana a la madrugada, en una residencia femenina de estudiantes cerca de la Rúa del Villar. Paula, la compa-

ñera de residencia de Beatriz, todavía recuerda aquella ventisca: llovía intensamente, demasiado incluso para ser Santiago... Una de aquellas lluvias que azotan los cristales de las ventanas y, si las abres, el viento, aullando, invade todas las habitaciones de la casa. Las luces de los faroles se proyectaban en los charcos de la calzada enteramente de piedra y con incipiente musgo deseando brotar. Hasta en los viejos soportales decadentemente iluminados que pueblan la ciudad había gotas de lluvia, frías motas que volaban en todas direcciones a las que los gallegos suelen llamar comúnmente *calabobos*.

Paula había decidido no salir porque sufría una fuerte jaqueca. Los ataques de migraña solían embestirla cada tres semanas en verano y cada cuatro en invierno, y siempre la dejaban hecha un despojo.

Estaba dormida cuando oyó unos golpes secos en la puerta. Eran unos golpes tímidos y débiles, pero Paula era de dormir ligero y quizás incluso ya estaba despierta antes de oírlos. Al principio creía que eran parte de un sueño y los ignoró. Los oyó de nuevo, tres toques leves pero insistentes y suplicantes en el reverso de su puerta. Unos pasos deambulaban en círculos por el pasillo que compartía con tres chicas más. Una vez más, volvió a oír los tres toques sobre la puerta y una frágil voz llena de congoja la llamaba por su nombre: «Paula». Sospechó, pero no reconoció la voz de Beatriz. «Paula...», volvió a gemir aquella voz tan llena de angustia en el rellano, alzando levemente el tono y suplicando ayuda.

Paula, decidida al fin, por estar ya definitivamente desvelada, se levantó, se puso la bata sobre el pijama y encendió la luz. Antes de abrir la puerta, se arregló el pelo ante el espejo y lo recogió en una desenfadada coleta. Nada más abrir la puerta, encontró de frente a su amiga Bea, pálida, con los ojos húmedos, la ropa y el pelo mojados, pese a que llevaba un paraguas en las manos, vestida con ropa de fiesta y con cierto olor a alcohol. En aquel extraño encuentro vespertino, Paula, con los ojos entornados por no haberse acostumbrado a la luz, miró a Beatriz con calma, sin excitarse demasiado, pero llena de intriga.

Aun sin considerarla su mejor amiga, Beatriz veía en Paula a la persona en la que más podía confiar, dada la templanza de su carácter y su bondad de espíritu. Era lo que los demás llaman «una buena chica», una «chica encantadora», de las que a menudo gustan más a las madres que a los hijos. Paula tenía un interés innato y exento de vanidad en hacer sentir bien a los demás, especialmente a aquellos que más lo necesitaban, y si alguna vez se mostraba hosca o reacia, era por la lógica desconfianza que le inspiraba el mundo, que no en pocas ocasiones se había aprovechado de su generosidad.

—¿Qué haces ahí en el rellano? Pero... ¿Qué hora es? —preguntó Paula con voz cansada. Acto seguido, se dirigió al otro extremo de su habitación, donde se encontraba su móvil cargándose. Las 05:43. Muy temprano para que se levantaran aquellos que no habían salido de fiesta y no muy tarde para que se acostasen aquellos que sí lo habían hecho.

Paula miró otra vez a Beatriz, que permanecía inmóvil como una estatua de mármol, sin mirar directamente a Paula, permaneciendo su mirada fija en el suelo. Pese a lo inexpresivo de su rostro, había algo en él que infundía pánico, un pánico tan profundo que hasta a ella le era difícil de expresar. Finalmente, tras tantos instantes en silencio, habló.

—¿Puedo dormir hoy contigo? —dijo Beatriz.

Acto seguido, se avergonzó de lo pueril de su propia pregunta.

—Olvídalo, olvídalo... Me voy; perdona por haberte despertado. No estoy... No estoy bien —masculló entrecortadamente Beatriz.

—Beatriz, ¿qué pasa? —inquirió Paula, cuya preocupación no cesaba de incrementar por segundos —¡Pasa dentro, por favor! Vamos al médico. ¿Estás mojada? —Paula le pellizó la parte de arriba del conjunto violeta que Beatriz vestía—. Sí... Estás algo mojada. Espera, que yo me visto en un momento y nos vamos las dos; quiero acompañarte.

—No, Paula, no deseo ir a ninguna parte, por favor. De verdad siento... Siento si te he despertado —dijo, con la lentitud propia

de la gente ebria que hace fuertes intentos de aparentar que no lo está—. Yo no quería... No sé ni por qué he venido hasta aquí. Esto es inoportuno... Soy tan inoportuna —dijo Beatriz con tristeza—. Lo siento... ¿Qué impresión te estarás llevando de mí? Por favor, no cuentes esto a nadie. Ni lo mientes, por favor. Quiero que sigan pensando que estoy cuerda —dijo con una risa tan fingida que no era sino una mueca extraña—. Qué inoportuna... Qué estúpida soy.

Paula la miró llena de compasión. Beatriz permanecía inmóvil en el rellano como si aún esperase que alguien la ayudase, pero sin atreverse a pedir ayuda. Quizás lo que más temía en aquellos instantes era que le pidiesen una explicación de por qué se hallaba en tal estado.

Paula la conocía bien. Se habían llevado desde el primer día en que ambas habían llegado a la residencia. En realidad, Beatriz tenía la habilidad innata de hacer que todas las personas quisieran ser sus amigas, ya que quedaban cautivados por su sonrisa. Sus risas a menudo resonaban por los pasillos de la residencia y pululaban por las tardes de habitación en habitación. Aunque era buena estudiante, era imposible estudiar con ella porque, a menudo, se distraía y comenzaba a entablar charla con quien estuviese a su lado. Comentaba desde las noticias hasta el más efímero de sus pensamientos. A menudo se reía para sí misma y de sí misma, y solía tener siempre una canción en los labios que no se daba cuenta de estar tarareando.

—Si quieres, ve a tu habitación y ponte el pijama. Yo te espero aquí. Hoy dormiremos las dos juntas —dijo Paula dirigiéndole una sonrisa tranquilizadora.

Beatriz se quedó en silencio y seguía mirando con pánico. Eran unos ojos verdes, abiertos como platos y elocuentes, que parecían pedir socorro a su compañera.

—Si quieres, date una ducha. Te estaré esperando aquí mismo. Además, creo que mañana no voy a ir a clase... Me encontraba mal de la cabeza. Si te apetece, podemos quedarnos aquí un rato hablando.

Beatriz, bruscamente, se dirigió a su puerta, a dos cuartos de la de Paula. Sacó la tarjeta magnética del bolsillo de su abrigo y la abrió. Paula se quedó mirándola con interés y sincera preocupación.

«¿Qué le habrá pasado?», pensó. Empezó a suponer que quizás a Beatriz le habían herido el orgullo... Quizás había tenido una pelea... ¿Pero con quién? Beatriz no tenía nada con nadie. Cier- to que había tres chicos a los que ella gustaba y la pretendían... Sin embargo, ella ya había descartado a los tres. El primero era un buen amigo de ella, Sebastián, que, sin embargo, nunca tuvo ninguna posibilidad. Era un chico gordito y, con veinte años, ya le empezaba a asomar una incipiente calvicie en la coronilla. Un cha- valote de andares torpes, propios de pies planos, y mal gusto en el vestir, que tampoco tenía mucha gracia, salvo cuando se reía de sí mismo y admitía sus torpezas. Él siempre estaba intentando agrar- dar a Beatriz. Se acordaba de sus fechas y sus gustos, haciéndole regalos para conquistarla. Sin embargo, estos excesos solo tenían el efecto de volver incómoda su amistad y de que los compañeros crueles comentasen con sorna aquellos lamentables intentos de un pobre enamorado. Paula sabía que Sebastián le había pedido salir dos veces. Beatriz le había dicho que no con cariño y dulzura, alabando sus virtudes y destacando que eran grandes amigos. Él, ingenuamente, pensó que no se trataba de un rechazo, sino que no había elegido bien el momento de proponerse. Se culpó a sí mismo por sus prisas y creyó firmemente que Beatriz podría cambiar de opinión, así que se planteó que repetiría la propuesta tres meses después, el 5 de abril. Aquel día acompañó después de las clases a Beatriz hasta su residencia y volvió a decirle que estaba enamo- rado de ella, que ansiaba que fuese su novia. Ella volvió a decir que no. Sebastián, confuso, le preguntó por qué. Beatriz le explicó, adoptando un tono más serio, que no le gustaba en el sentido que él deseaba y le pidió que no le volviese a pedir salir, ya que, en ese caso, les sería muy difícil a ambos continuar siendo amigos. Se comentó entre los corrillos de la clase, ávidos de cotilleos y melo-

dramas, que después de ese rechazo Sebastián se fue a Padrón, de donde era, y no salió de su cuarto durante una semana, abatido por la melancolía.

Al segundo, Carlos Sáez, al que apodaban Charlie, le rechazó porque, según Beatriz, «era sencillamente un memo». Era un chico moreno y de ojos claros al que le gustaba hacer surf cerca de Sanxenxo, donde veraneaba, y salir de fiesta con sus amigos. Aunque le parecía un sinvergüenza simpático, en el sentido romántico, Beatriz lo detestaba con toda su alma, y él, en su vanidad, creía que era porque ella tenía un deseo inconfesable hacia su persona. No, no era eso. No era que a Beatriz le desagradase la idea de estar con alguien que se había acostado antes con un gran porcentaje de compañeras de clase y tampoco daba muchas garantías de ser fiel y comportarse decentemente en un futuro; tampoco era que tuviese varios tatuajes en el brazo, algo que a Beatriz le desagradaba sobremedida; ni que a veces vistiese como un adolescente de quince años, cuando sobrepasaba los veinte, llevando ropa demasiado ceñida para resaltar sus músculos trabajados a golpe de gimnasio. Básicamente, le parecía un tipejo aburrido y ridículo al que la gente le reía los chistes, que poco tenían de graciosos, y al que facilitaban el protagonismo que él tanto ansiaba y tan poco merecía. Le daba hasta rabia que se creyese con derecho a pretenderla, porque pensar en un noviazgo con ese hombre le provocaba una profunda grima.

Caía la noche y Paula, tendida sobre su cama y desmereándose con la luz encendida, pensó en el tercero de los pretendientes: David. Era un chico que resultaba un misterio para el mundo. Alto, de rizos castaños, siempre con barba de tres días, un expediente universitario sobresaliente, deportista, un cuidado aire desaliñado y con buena percha... Era un chico profundamente atractivo. Aunque tenía una expresión desenfadada, apenas reía, jamás en público, pero siempre tenía dibujada una leve sonrisa en la cara. Sin embargo, era notorio que David tenía una profunda vida interior, lo que lo hacía muy interesante. A menudo se le veía dando pa-

seos solo, andando con las manos cogidas en la espalda, e incluso, cuando se hartaba de la vida del campus universitario, solía empaquetar la mochila que tenía en su armario y viajaba a un destino que estuviese dentro de su presupuesto, durmiendo en albergues y recorriendo, así, Europa.

David se fijó en Beatriz desde el primer momento. Fue una de aquellas tardes en las que solía irse a tomar un café cortado bajo los soportales del casco antiguo con un libro y un paquete de tabaco. Si bien es cierto que la primera vez que la vio fue cerca de la biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia y ya se había fijado en ella, no fue hasta el día en el que estaba sentado con un libro de Dostoievsky en un café de la Rúa del Villar cuando pasó Beatriz, con un abrigo azul marino ribeteado en rojo y blanco en los bolsillos y cuello, que David quedó prendado de aquellos ojos verdes que enraizaron en su pensamiento. David, pocos días después, tras varias noches pensando en ella, se propuso invitarla a un café y ella accedió. Aunque concertar un primer encuentro no le fue difícil, David temía su propia timidez, pero Beatriz, con su simpático desparpajo y su buena conversación, hizo que aquella primera cita resultase muy cómoda para ambos, y la segunda, más todavía. Sin embargo, no hubo una tercera. Pese a que los dos se gustaban y Beatriz era el tema de toda conversación que David mantenía con sus más cercanos, algo insólito para ellos porque nunca le habían oído hablar de una mujer, sus esperanzas se quebraron cuando se enteró de que, una noche en que ella había salido con unas amigas, unos italianos que estudiaban en España con una beca Erasmus se habían sentado en la mesa de al lado. Con la audacia impertinente, fresca y graciosa que suelen tener los italianos, habían entablado una conversación con el grupo de chicas en el que Beatriz se encontraba. A dos de las amigas de Beatriz les gustaron dos de ellos, así que las acompañaron. Aunque en un principio solo salieron a echarse unas cervezas, se estaban divirtiendo tanto que esas cervezas se convirtieron en unos *gin-tonics* y luego se fueron a bailar a la discoteca. David sabía que Bea había bailado con uno de ellos y

que él, en un acercamiento, le había dado un beso. Sin importarle que Bea se hubiera apartado rápidamente, David se indignó en silencio y nunca volvió a llamarla.

Pasados unos minutos, Paula cruzó el pasillo de la residencia y entró en la habitación de Beatriz. Al llegar, vio que la puerta estaba entreabierta y la luz encendida fluía levemente hasta el pasillo. Beatriz estaba sentada rígida ante la mesa del escritorio, perdida en sus pensamientos, sin que la espalda descansase sobre el respaldo de la silla, y golpeando rítmicamente la superficie de la mesa con los dedos.

—Creo que no voy a ir al médico. Solamente me hace falta una ducha caliente —dijo Beatriz.

Paula la miró inexpresiva e intentando comprender aquello que su mente no era capaz de imaginarse.

Por un momento, creyó que estaba drogada y pasando los efectos de un mal viaje, pero Paula sabía que Beatriz tenía un rechazo inamovible hacia cualquier tipo de drogas. No obstante, recordó que, durante el instituto, ella también tenía un pavor inmenso que le habían inculcado sus padres hacia cualquier tipo de estupefaciente, pero un día, en la playa, un chico que le gustaba le ofreció un porro de marihuana y ella le dio un par de caladas. Le afectó tanto que se quedó mirando la hoguera y empezó a tener la leve paranoia de que las tres caladas de aquel porro se le notaban en el rostro y la gente se reíría de ella y la criticaría, así que no paró de preguntar a aquel chico si le pasaba algo raro en la cara. A la quinta vez que le hizo la misma pregunta, él, cansado, empezó a hablar con otra y Paula siguió mirando a la hoguera, concentrada en que los efectos de la hierba no se le notasen demasiado. Quizás a Beatriz le pasaba lo mismo esa noche: los efectos de un mal viaje.

—Beatriz, ¿has tomado algo? —preguntó Paula.

Beatriz alzó la mirada y respondió:

—Sí.



—¿El qué?

—Alcohol... Creo que bebí mucho —dijo Beatriz—. Antes de salir, nos llamaron unos chicos de mi clase. Pablo y alguno que otro más... Estaban de copas en el piso de Charlie. Íbamos a irnos allí antes de salir de fiesta. Compramos un par de botellas de ginebra en la zona nueva. Yo he compartido mi botella con Inés y Esther. Creo que bebí mucho...

—¿Y fumaste?

—Que yo recuerde, no. Sé que estaban fumando Charlie y un amigo suyo, pero creo que era solamente tabaco. Pero no lo sé, Paula... No recuerdo mucho de lo que ha pasado esta noche.

—Bueno... Ve a ducharte. Quizás mañana tengas la mente más clara —dijo Paula—. Lo único que necesitas es dormir. Mañana no vayas a clase; quédate durmiendo. Sabes que yo no soy de faltar, pero por un día no te va a pasar nada.

Beatriz se abalanzó sobre Paula y le dio un abrazo. En ese momento se derrumbó y comenzó a llorar sobre su hombro mientras esta le acarició el pelo, consolándola.

—Anda, anda... ¿Qué te ha pasado, Beatriz? —dijo Paula con un cariño casi maternal—. No pasa nada... Tú duermes y mañana me cuentas. Hoy estás un poco piripi —dijo Paula.

Beatriz se limpió las lágrimas de los ojos y se dirigió al baño, cerrando la puerta tras ella. Entonces Paula oyó el ruido de la ducha.

—Bea, me voy a quedar a dormir hoy contigo. ¿Vale? —dijo Paula, sin encontrar respuesta.

Tras muchos minutos de ducha, salió Beatriz del baño llevando el pijama de tela y dos piezas gris plateado que tanto le gustaba. Paula estaba metida en su cama. Era una cama ancha en la que podían dormir dos personas perfectamente, y, de hecho, ya habían estado otras veces tumbadas en esa misma cama para ver alguna película en el ordenador.

Beatriz entró en la cama y se tumbó de lado, mirando hacia la puerta y dando la espalda a Paula, la cual dormía de frente. Beatriz se arropó con todas las mantas, agarrando fuertemente el extre-

mo de una de ellas, que hasta se lo llevó a la boca para morderlo sin sentido alguno. Ella era friolera y siempre dormía con varias mantas y un edredón, y, aun con todo ello, dejaba la calefacción encendida para que no la despertase el frío.

Durante un rato, Paula se quedó dormida. Al principio empezó rumiando en sus pensamientos: su carrera, sus padres, aquel chico que le gustaba, el concierto de Taylor Swift... Pero, poco a poco, se fue sumiendo en un cálido sueño lleno de inocencia y su respiración se hizo más lenta. Todavía hoy no sabe lo que soñó, pero lo que sí recuerda con claridad meridiana es el sobresalto que tuvo cuando se despertó por el ruido de la respiración de Beatriz. Paula se giró a la izquierda y sintió a Beatriz temblando agitadamente como si un frío inexistente le estuviese calando hasta los huesos, y con su boca mordía las sábanas, respirando sofocadamente sin decir nada.

—¡Bea! —gritó Paula.

Beatriz no respondió.

—¡Bea! —gritó por segunda vez.

Beatriz siguió mordiendo la sábana, respirando con frenesí. Paula se puso de rodillas sobre el colchón, girando la cabeza de Bea hacia su lado.

—¡Beatriz! ¿Qué te pasa?

Y Beatriz, en ese momento, habló, llorando y gimiendo, llena de miedo, ira y congoja:

—Estoy sucia. Por favor, perdóname... Estoy sucia.

## CAPÍTULO 2.-

### LA MADRE

Arturo Aguarón era un señor de avanzada edad que vivía y ejercía como abogado en Caldas de Reis. Su consumada calva, su barba blanca y su espalda recta le daban un aspecto venerable que infundía respeto a sus vecinos.

No era originariamente gallego; su padre era médico militar de Ferrol y fue destinado a Andalucía, donde conoció a su madre y allí echaron raíces. Sin embargo, desde niño había ido todos los veranos a Galicia para visitar a su abuela paterna y pasar las vacaciones en las playas de las Rías Baixas, donde jugaba con sus primos hasta que sus madres los llamaban por sus nombres a gritos para que no se metieran muy mar adentro, fueran a comer o regresaran a casa. Cuando tenía unos veinticinco años, conoció en el baile del Casino de Pontevedra a Pepa... Pepiña. La vio bailando entre la multitud con un vestido largo rojo e, inmediatamente, decidió que ella iba a ser su esposa, así que se acercó a hablarle. A ella le atraía la bondad de su sonrisa y le gustaba cada vez que Arturo la estrechaba entre sus brazos.

Por aquel entonces él ya había comenzado a ejercer en un despacho, pero cuando volvió a Andalucía tras las vacaciones fue directo a hablar con el jefe y presentó su renuncia. Este le advirtió que no lo hiciera, alegando que se lo decía por su bien, «que, en la abogacía, lo fácil es ser abogado y lo difícil es ganarse bien la vida con ello» y «que había más abogados que piedras en el campo y

ahí ya tenía un hueco y una buena oportunidad para prosperar». Pero Arturo estaba decidido. Pepa ocupaba hasta el último de sus pensamientos y cualquier futuro sin ella le resultaba un fracaso rotundo, así que recogió las cosas de su despacho, preparó sus maletas y le dio un abrazo a su padre antes de coger el tren que le llevaría a Galicia. Tenía unas treinta mil pesetas ahorradas. No era mucho, pero le alcanzó para comprarse el billete y pagar un mes en una pensión que había cerca del pueblo donde vivía Pepa con su familia. Durante los primeros años estuvo haciendo trabajos aquí y allá de lo que surgiese: fue camarero, atendió la ventanilla de un banco, trabajaba por las noches como recepcionista de la pensión donde vivía para que le rebajasen el precio de la habitación y hacía entrevistas en despachos de abogados que nunca prosperaban. Él era un forastero y no tenía más referencias que su diploma de la Universidad de Córdoba y un par de compendios legales que llevaba en la maleta.

Tras tres años de noviazgo, Arturo y Pepa se casaron en la Iglesia de la Virgen Peregrina. Todos admiraron a la novia, que vestía un vestido blanco roto y desfilaba velada con modestia y elegancia sobre la alfombra de terciopelo rojo. Arturo, al ver a su esposa, creyó que el corazón, en algún momento, le iba a reventar de tanto gozo. Abrieron el vals entre sonrisas, susurros y miradas cómplices, y pasaron la noche de bodas en la *suite* del Parador.

Tras la boda, el matrimonio se mudó a Caldas de Reis, a una casa en la parte histórica del pueblo, cerca de la parroquia, que era propiedad de la familia de Pepa y que le regalaron sus padres tras la boda. Era amplia y luminosa, con la fachada de piedra y escaleras de madera que chirriaban al ser pisadas. Todo tenía un aspecto señorial, aunque, al mismo tiempo, reclamaba un arreglo y una limpieza. Los muebles estaban cubiertos de polvo cuando llegaron y la pintura de las paredes estaba desconchada. Durante el primer año, los recién casados dedicaron todas las tardes a poner la casa en condiciones. Arturo adquirió ciertas habilidades de pintor

y carpintero, y Pepa, de interiorista. A los seis meses esa casa era no solo habitable, sino también un sitio apetecible y bonito en el que podrían criar a una familia.

Arturo instaló su despacho en la parte de abajo, en las dependencias que se habían utilizado como comedor del servicio en épocas ya lejanas. Colocó en el centro de la habitación una mesa y, al lado, la estantería con sus compendios y sus códigos, construyendo progresivamente su propia biblioteca jurídica. Poco a poco se fue haciendo un nombre en la comarca y casi todas las personas hablaban de él como un hombre justo, bueno y tranquilo. A los dos años de instalarse, Pepa quedó encinta, y nueve meses después nació un varón, al que llamaron Arturo, como su padre, y tres años después nació otra Pepa, que era la viva imagen de su madre, para deleite de su padre.

Tras dieciséis años de matrimonio, Pepa falleció. Arturo, durante sus últimos días, dejó el despacho y vivió de los ahorros, pasándolos con ella en el hospital. Los hijos vivieron durante esa época en Pontevedra, en casa de sus abuelos, que se hicieron cargo de ellos y de su educación. Fue una decisión difícil, pero ambos padres pensaron que era lo mejor para los niños. Estos siempre iban a visitar a Pepa al hospital cuando estaba bien y, si en algún momento Arturo advertía que tenía dolores, náuseas o cansancio, se los llevaba a jugar al parque que había debajo. Arturo no cesó de estar con sus hijos; iba del hospital a casa de sus suegros y su casa únicamente la utilizaba para dormir de vez en cuando. Pero lo cierto es que cuando no estaba con su esposa, tenía la cabeza llena de preocupaciones y oraciones que, a su entender, no se vieron satisfechas. En un principio, pensó que no era bueno que sus hijos vieran a su madre en un estado agonizante y a menudo carente de consciencia, era cruel que el recuerdo de una mujer vital y alegre se viera eclipsado por sus últimos días, en los que poco tenía que ver con la que fue, pero, finalmente, consideró que era necesario que sus hijos se despidieran, por muy duro que pudiera ser para ellos, y que Pepa tenía derecho, aunque no estuviera muy consciente, a

ser visitada por aquellos a los que tanto había querido y a los que tanto había cuidado.

Cuando sucedieron los hechos que aquí se narran, los hijos de Arturo ya vivían fuera. Arturo hijo era notario. Había aprobado las oposiciones siendo joven y lo habían destinado al sur de España, lo cual enternecía a su padre porque pensaba que un Aguarón volvía al sur compensando al Aguarón que se había ido al norte. Pepita cursaba el último año en Bellas Artes y estaba inquieta por no saber qué iba a hacer cuando acabase la carrera. En esa época, Arturo tenía pocos clientes; casi todas las empresas locales habían sido absorbidas y delegaban toda la defensa y representación legal en grandes despachos de las capitales de provincia o del país. No obstante, él tenía para vivir, incluso para vivir bien siendo austero, y eso le bastaba para ser feliz.

Uno de los pequeños caprichos de los que nunca se pudo desligar eran sus paseos matutinos por el pueblo y sus desayunos en el bar de Paco. Siempre se levantaba a las siete y lo primero que hacía era rezar, sobre todo, rezarle a su mujer para que le ayudase a cuidar de sus hijos, por Pepita y sus estudios, y por Arturo, para que no se le subiese el éxito a la cabeza y pudiera encontrar una chica que lo hiciese tan feliz como ella lo había hecho a él en vida. La mañana siguiente a la noche de los hechos, Arturo inició esa misma rutina, sin esperar que ninguna sorpresa lo sacudiera.

Se levantó a las siete con el ruido del despertador y se arrodilló a los pies de su cama dando gracias al Señor por todo lo que tenía; perdón por las cosas que hacía mal y por aquellas que podía hacer mejor, y fuerza (gracia, como llaman los cristianos) para poder hacerlas. Después, conversó diez minutos con Dios y con su mujer. Ellos rara vez le contestaban, pero él siempre tenía la sensación de ser escuchado.

Tras su oración matutina se vistió, calzándose unas zapatillas de deporte ortopédicas que usaba para pasear y poniéndose su forro de color verde. Al abrir la puerta, se santiguó y respiró el aire fresco que olía a tierra mojada. Esa noche había habido una fuerte lluvia

y el aire estaba limpio. «Es el precio que hay que pagar por tanto verde», le había explicado su mujer la primera vez que él se había quejado de la lluvia gallega.

Aunque había un camino más directo, eligió dar un rodeo por el valle, subir un poco la montaña por el Camino de Santiago que venía de Pontevedra hacia Padrón y ver su pueblo. Se oía el río, el gallo comenzaba a cacarear y había vecinos que paseaban a sus perros antes de comenzar la jornada. En el cielo había cirros color salmón y las primeras luces se filtraban entre las ramas de los árboles. Era una preciosa mañana de primavera. Cuando llegó al barecito La Peña, saludó a Paco, el camarero que lo regentaba, y a don Luis, el sacerdote del pueblo, con los que siempre solía desayunar.

Arturo disfrutaba mucho de sus dos amigos con los que desayunaba, pese a ser los dos hombres más dispares que jamás había conocido. Paco era un hombre gordo, canoso, alegre y socarrón que vivía prácticamente en, para y por su bar. Charlaba con todo el mundo y comentaba desde la actualidad política, las decisiones del Gobierno y las resoluciones judiciales hasta los líos de sus vecinos. Aunque era de pensamiento abiertamente nacionalista y comunista (de hecho, tenía una bandera con la franja azul y la estrella roja colgada de su balcón, y en las paredes había carteles en los que se indicaba que no se admitía el pago con tarjeta para no beneficiar a los usureros de los bancos), don Luis disfrutaba con su charla, salvo cuando Paco hablaba de la Iglesia; entonces, don Luis y él se enfadaban y discutían a gritos, algo que solía terminar con don Luis saliendo del bar y dando un portazo. Por eso decidieron que nunca hablarían de asuntos del clero en su bar. Sin embargo, ese carácter beligerante de Paco hacia lo religioso no obstó para que cuando estuvo hospitalizado por un problema en la circulación de la pierna, que aparentemente tenía poco remedio, fuese don Luis el que lo llevara al hospital de Pontevedra tres veces por semana en su coche ni para que rezase por él en cada acto parroquial. Durante esos meses en los que el bar estuvo cerrado, Paco estuvo cuidado por su mujer y únicamente dejaban entrar en su casa a don Luis...

Si llegó a confesarse y a recibir la extremaunción en algún momento de su enfermedad es un dato que solo ellos conocen.

—Menudos hijos de puta —decía don Luis, mirando el televisor que había colgado en una esquina del bar en el que aparecía un político dando una rueda de prensa.

—Ay, el padre... Ay, el padre, qué lengua tiene —suspiraba Paco socarronamente.

Arturo entró y se sentó con ellos en la barra. Paco le puso lo de siempre: un café con leche y un pedazo de bizcocho casero. A Arturo le encantaba cómo olía el bar: a café molido, a leche hirviendo, a bollería recién hecha, a la pata de jamón curado que Paco tenía tras la barra, a infusiones de poleo y menta, y a naranja exprimida. Esos olores no podían dejar de evocar aquellos recuerdos de cuando Arturo iba con Pepa a desayunar los domingos por la mañana. Recordaba cómo disfrutaban los niños ir allí y pedirse una tostada con jamón y un colacao.

Arturo desayunó con sus dos amigos y hablaron del Gobierno y de la Champions.

Cuando Arturo estaba regresando a su casa, miró su reloj. «Son las ocho y cuarto... Hoy tengo poco que hacer, pero me quedaré hasta las dos en el despacho. Cuando acabe con los casos, quizás me ponga a estudiar un poco de inglés... Aunque ya, ¿de qué me sirve si soy un abogado de pueblo a punto de jubilarse? Esto del inglés me lleva por la calle de la amargura; menos mal que Pepa y yo metimos a los niños desde pequeños en un colegio bilingüe. Cuando eres mayor te vuelves más torpe para esas cosas». Al llegar a su casa le sorprendió ver a una mujer en el rellano. Reconocía su cara, pero no se sabía su nombre. Ella estaba allí esperándolo. Era una señora con cierto sobrepeso, cabello rubio y corto, y bastante bajita. Vestía unos zapatos negros con cremalleras a los lados, pantalones vaqueros, jersey azul marino, abrigo verde aceituna estilo *barbour* y un sombrero color *beige*. Ella lo estaba esperando en su puerta, llamando varias veces al timbre; y cuando él volvía de su paseo matutino, ella lo reconoció de vista.



—Buenas, ¿puedo ayudarle? —dijo Arturo.

—Buenos días, ¿es usted don Arturo? —dijo ella, aun sabiendo la respuesta.

—Sí, soy yo. ¿Puedo ayudarle en algo? —dijo Arturo—. Pásemos dentro si quiere —dijo mientras sacaba las llaves, abriendo la puerta de su casa.

Los dos pasaron hacia el despacho de Arturo, situado justo a mano derecha de la puerta de entrada. Al entrar, Arturo apartó de la mesa una de las dos sillas que estaban frente a su escritorio, ofreciéndole un asiento a esa mujer desconocida. Él se sentó en el sillón de piel en el otro lado del escritorio.

—Me llamo Renata, Renata Vera. No sé si usted se acuerda de mí, pero fue usted mi abogado hace mucho tiempo —dijo la señora.

—Renata... Renata... —dijo Arturo pensativo—. ¡Ah, claro! ¡Renata! Me acuerdo de usted, por supuesto. Fue hace tanto tiempo...

En ese momento pensó en cuánto había cambiado esa mujer que hacía unos quince años lo contrató como abogado para divorciarse. Se había casado con un mal hombre que, tras muchos vaivenes, había abandonado el hogar con una mala mujer, dejando a su esposa y a su hijo sin ningún recurso económico.

Ella lo miraba firmemente, con cierta ansiedad contenida, pero, sin embargo, expresándose de forma clara, serena y sin titubeos.

—Don Arturo... Es mi hijo. No sé si se acordará de él... Sebastián.

—Claro que sí. Era un niño buenísimo. Me acuerdo de que, cuando usted venía aquí, se quedaba jugando con mis hijos y mi mujer en el salón, y ella siempre me hablaba de los buenos modales que tenía aquel niño. Supongo que ya estará hecho un hombretón. Cuénteme... ¿Es que acaso se ha metido en algún lío? —dijo Arturo, sentado en el sillón, esbozando una sonrisa llena de nostalgia.

Los ojos de Renata rebosaban de emoción contenida. Eran dos estanques que no podían soportar el peso de las lágrimas, que comenzaban a derramarse por su rostro.

—Ayer lo detuvieron —dijo Renata—. Me llamaron varias veces durante la tarde, pero yo trabajo de limpiadora en un hospital y dejo siempre el móvil en la taquilla. Vi que me había llamado varias veces un número raro. Yo no lo conocía, así que creí que sería algo de publicidad y no le di importancia. Sin embargo, sobre las diez me volvieron a llamar y, por curiosidad, lo cogí. Me dijeron que eran de la comandancia de la Guardia Civil de Santiago, que mi hijo estaba detenido y que quería hablar conmigo. Yo ahí le prometo que no sé cómo reaccioné... Me dio un vuelco al corazón, don Arturo —dijo, posando su mano sobre el lado izquierdo de su pecho—. Vamos, me dio un pellizco en el pecho que aún hoy tengo. Yo le dije que quería aceptar la llamada y tardaron mucho en pasármelo al teléfono. Cuando me lo pasaron, contestó Sebastián y se echó a llorar. No podía el pobre decir ni una palabra y, prácticamente, lo único que oía eran sollozos. Le pregunté qué había pasado y me dijo: «Dicen que he atacado a una chica». Yo grité, don Arturo: «¿Cómo?». Sebastián no pudo hacer tal cosa. Es mi hijo y lo conozco. Se lo juro y que Dios me castigue si miento, pero Sebastián no ha hecho eso. En ese momento no sabía qué decirle, así que me quedé en silencio. Él empezó a decirme: «Mamá, mamá... Yo no he violado a nadie. No sé por qué me han detenido». Yo le dije que se quedase ahí, que iba a buscarlo. «Que se quedase ahí...», Dios mío —dijo ella con cierta risa apenada—. Como si pensase que podía irse en cualquier momento, como si aquello fuese una fiesta. Inmediatamente cogí el coche y me fui a Santiago. Cuando llegué me dijeron que tenía que esperar en una sala, que en ese momento se le estaba tomando declaración por la Policía y se le iban a hacer una serie de reconocimientos. Por favor... ¿Reconocimientos de qué? En la sala había un matrimonio, los padres de un chico amigo de Sebastián, ahora mismo no sé el nombre, que también había sido detenido por lo mismo. Sé que en el momento oí su nombre, pero ahora mismo no me acuerdo... Estoy un poco bloqueada —dijo, miró para abajo y con un dedo se frotó uno de los ojos, que lloraban sin consuelo.

Arturo permanecía en el sillón y guardó un momento de silencio. Acto seguido, le dijo:

—Tranquila. —Pese a sus casi cuarenta años de ejercicio profesional, todavía conservaba la capacidad de sorprenderse—. Entiendo que esto es duro y, seguramente, no sería lógico pedirle que no se preocupase. —En ese momento sacó del cajón derecho de su escritorio un pañuelo de papel y se lo ofreció a Renata, la cual alzó la mano rechazándolo.

—No se preocupe... Estoy bien. Sé que mi hijo es inocente. Es un chico tímido y es raro el día en que sonríe, pero lo máximo que hace es gruñir de vez en cuando. Alguna vez se peleó con algún compañero... No tuvo una infancia fácil, ¿sabe? Le vino todo muy junto. Su padre y yo nos separamos, y él siempre ha sido un niño muy introvertido. Es muy inteligente, pero no con las personas. Y, usted sabe... No cae bien, y a veces los niños pueden ser crueles.

—Lo sé, lo sé... —dijo Arturo mirándola con ternura—. Si no le importa, me gustaría preguntarle por donde se ha quedado. ¿Recuerda ya el nombre del chico al que también habían detenido? —preguntó Arturo, y en ese momento preparó su pluma para apuntar su nombre en un folio en blanco.

—No, lo siento... Sé que me lo dijeron, pero ahora mismo tengo la mente en blanco; estoy aturdida.

—No se preocupe —dijo Arturo—. Lo veré en la denuncia y en el atestado. Seguramente, si él ya me ha nombrado abogado, a las nueve me llamen del colegio informándome del nombramiento. Lo que sí que tendría que preguntarle es si tiene interés el otro chico en que yo defienda a ambos o si solo defenderé a su hijo. Por cierto... ¿Es mayor de edad?

—Sí, tiene veinte años. El otro chico no lo sé, pero creo que él nombrará a su propio abogado —dijo Renata—. Además, creo que ellos están peleados entre sí. Me suena que eran amigos, pero se habían peleado en los calabozos y Sebastián tenía un moratón en el ojo. ¿Usted cree que le pueden estar presionando? —preguntó Renata.

Arturo calló.

—Es un niño muy débil... No sabe hacer amigos y a menudo me da la impresión de que los pocos que tiene lo mangonean. Yo nunca quiero decirle nada porque sé que se pondría contra mí... Pero es muy débil.

—¿Sabe si lo ha reconocido un médico forense? —preguntó Arturo.

—No lo sé... Ni siquiera sé lo que es un forense. Yo nunca he estado en la Policía; nunca he ido a un juicio, salvo cuando me separé. Todo esto es tan nuevo para mí y para mi hijo...

—Siga contándome, por favor. Lo está haciendo usted muy bien y me está ayudando mucho.

—Gracias —dijo Renata, frotándose el pañuelo en la nariz—. Al final me dejaron verlo. Él estaba encerrado en una habitación al final de un largo pasillo blanco. Dentro de esta había varias celdas. Desde la puerta vi a un chico de la edad del mío, y en la última de las celdas estaba mi hijo. Yo le traía una bufanda por si pasaba frío, pero el policía que lo custodiaba no me permitió dársela. Mi hijo estaba con la cabeza apoyada en las manos y muy nervioso; se notaba que había estado llorando. Vi también que le habían quitado los cordones de los zapatos, no sé por qué. Yo le dije: «Hijo mío, hijo mío. Estoy aquí... Soy tu madre». Él me miró descorazonado y me dijo: «Lo siento, mamá. Yo no he hecho nada, te lo prometo; soy inocente». Entonces yo introduje los dedos por los barrotes de la celda y él me los agarró desde el otro lado, pero el policía me gritó y me dijo que no podía pasarle nada al detenido. ¡No le estaba pasando nada! ¡Estaba solo tocando a mi hijo! Yo no me moví de la puerta y el policía me dijo que me apartara, pero yo no lo hice. Mi hijo, ante los gritos del policía, me soltó los dedos y me dijo que me fuera, que no quería meterme él en líos. ¡Por favor! ¿Es justo esto? —dijo Renata, siendo su tono esta vez de indignación y templanza a partes iguales—. Después pensé qué hacer y pensé en usted... Lo recordaba a usted como un abogado muy bueno y queríamos contratar sus servicios.

—A su disposición están —respondió Arturo.

—Así que me he venido desde Santiago hasta aquí otra vez en coche... —dijo ella.

—¡Dios mío! ¿No ha dormido usted nada?

—Nada, pero no estoy cansada.

Arturo se levantó de su silla y fue directo a la cocina de su casa a preparar un café. Dirigiéndose hacia la cocina, le fue diciendo mientras tanto a la señora Vera:

—Permítame que le traiga un café y unas magdalenas que me regalaron el otro día. Creo que lo principal es que usted coma algo. Luego, vaya a descansar, duerma un poco.

Cuando regresó con una bandeja en la que portaba unas tazas de porcelana blanca con dibujos azules, café, leche y bollería, sonó repentinamente el teléfono fijo del despacho.

—Permítame —dijo Arturo, posando con premura la bandeja sobre la mesa del escritorio, y, tras sentarse en su silla, descolgó el teléfono—. ¿Quién es?

Doña Renata se sirvió leche caliente en la taza y comenzó a comer una magdalena mientras el abogado hablaba. Miró a ese hombre; tenía algo tierno en sus gestos, quizá la belleza propia de las almas buenas. Aunque no era demasiado alto, tenía un porte elegante y digno. Cuando él colgó el teléfono, volvió a dirigirse a Renata.

—Eran del Colegio de Abogados. Ya les he comentado que he aceptado el caso. Voy a ir a Santiago; a su hijo le van a tomar hoy declaración en el juzgado de guardia.

